



## Comentario bibliográfico

### **Charlotte-Rose Millar, *Witchcraft, the Devil, and Emotions in Early Modern England* (Londres y Nueva York: Routledge, 2017).**

**Yesica Gómez**

*Instituto de Historia Antigua, Medieval y Moderna “Prof. José Luis Romero” -  
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires*

*yesica.lg@gmail.com*

*Fecha de recepción: 04/04/2026*

*Fecha de aprobación: 07/05/2026*

**L**a cacería de brujas, la presencia del demonio en la tierra y los discursos mágico-teológicos fueron herramientas que permitieron interpretar y entender la realidad de una época, condicionando el devenir social y político de las grandes monarquías europeas de la modernidad. La obra de Charlotte Rose Millar nos ofrece una relectura de la historiografía clásica sobre la brujería en Inglaterra, poniendo el foco en el rol del diablo y sus vínculos con la brujería, los espíritus *familiares* y las creencias religiosas del periodo. Además de establecer un punto de contacto entre esas prácticas y el mundo de las emociones.

La presente obra, *Witchcraft, the Devil, and Emotions in Early Modern England*, publicada en 2017 por Routledge, es producto de la investigación postdoctoral de esta historiadora australiana. Su formación profesional inició en la Universidad de Melbourne, donde se doctoró como especialista en cultura impresa inglesa de la época temprano-moderna, y sus trabajos se centran en el análisis

de la caza de brujas, las creencias sobrenaturales, el diabolismo y las emociones en la Inglaterra del periodo. Para sus estudios postdoctorales se instaló en la Universidad de Queensland, bajo la dirección del historiador Charles Zika. Actualmente se encuentra trabajando en su próximo libro, sobre la creencia en fantasmas, la experiencia emocional y el cambio religioso en la Inglaterra moderna.

En la obra que nos ocupa, se analizan 66 panfletos que relatan diferentes episodios judiciales de represión de la brujería, de 200 años de historia inglesa. Están organizados en un apartado al final del libro en dos apéndices: el primero, con el relevamiento de cada uno de los panfletos analizados, separados por fecha y autor (si lo hubiese); el segundo, en un gráfico estadístico, que organiza los datos brindando información sobre la proliferación de este tipo de documentos circa 1560-1730.

En cuanto a los objetivos presentados por la autora, se plantea de forma primaria la crítica historiográfica sobre el rol secundario que han tenido, en las investigaciones sobre brujería inglesa, la presencia del diablo y su rol en el delito por brujería. Un diablo que fue sistemáticamente relegado por las investigaciones precedentes, que relativizaron su marco de acción a la figura del *familiar*, dando prioridad al *maleficium* como acción característica de la brujería inglesa. A partir de entonces, se desprenden nuevos objetivos que introducen dos perspectivas o líneas de investigación diferentes. Por un lado, la presencia del género como concepto central para entender los cambios que se dieron en Inglaterra entre los siglos XVI y XVIII con el proceso de feminización del delito de brujería. Por el otro, la perspectiva de la historia de las emociones, que conlleva una lectura especial de los panfletos en la que se intenta demostrar que las principales motivaciones de los sujetos involucrados en los procesos judiciales por brujería (acusados, víctimas, testigos y jueces) fueron emocionales, y que las transformaciones en la emocionalidad de los implicados permiten observar la evolución del delito como crimen diabólico y casi exclusivamente (sobre todo hacia el final del periodo) femenino.

A lo largo de su obra, la autora procura llevar adelante un análisis de las fuentes seleccionadas mientras mantiene una interacción constante con la bibliografía inglesa más tradicional. Los estudios clásicos de autores como James Sharpe, Darren Oldridge y Malcolm

Gaskill, entre otros, son puestos en diálogo para avanzar con la idea que recorre todo el texto, a saber, las transformaciones que se dieron en materia diabólica luego de la reforma protestante y cómo el sistema de creencias puritano otorgó un poder central al diablo en los relatos sobre brujería en la Inglaterra moderna. Esta narrativa popular que Millar analiza en los panfletos le permiten establecer ciertas afirmaciones, como, por ejemplo, la presencia constante del diablo en los delitos por brujería y en el mundo terrenal. Al mismo tiempo, pone en el centro del conflicto a la figura del *familiar*, tan característico del mundo inglés, como elemento central para estudiar la variada naturaleza del diablo y sus transformaciones a lo largo de los siglos XVI al XVIII. Entre sus heterogéneas manifestaciones su presencia abarca desde formas animales, hasta la fantástica morfología humana necesaria para la interacción sexual con las brujas. Asimismo, plantea un punto de inicio para el estudio de las emociones en los casos de brujería inglesa, asegurando, con solvencia metodológica, que las principales motivaciones que involucran a los sujetos en casos de brujería son mayoritaria y casi exclusivamente emocionales.

En los primeros dos capítulos, Millar se ocupa de la naturaleza del diablo y sus manifestaciones terrenales, desde la figura del *familiar* recorre la pluralidad de sus transformaciones a lo largo de los siglos analizados. Advierte, como variable constante en la casi totalidad de los panfletos, la presencia diabólica como condición necesaria para las acciones maliciosas de las brujas. Concluye que la relevancia del diablo es aún mayor en las narrativas populares, luego del periodo de Reforma Protestante. La dialéctica puritana se imprime con fuerza en los panfletos, haciendo presente la idea del diablo en la tierra, tentando a los hijos de los hombres, moviéndose entre el pueblo de los Santos. De esta forma, Millar se ocupa de derribar la idea establecida (y errónea desde su punto de vista) de que ese diablo, tan presente en las narrativas populares, ocupaba un lugar secundario en la brujería inglesa, frente al protagonismo de éste en el escenario europeo continental. El diablo, en sus múltiples y variadas manifestaciones, establecía vínculos con las brujas, y eran tales interacciones las condiciones necesarias para las prácticas de brujería. De acuerdo con la autora, la omisión por parte de la historiografía tradicional inglesa sobre el protagonismo del diablo y sus relaciones con la brujería se debe a las fuentes seleccionadas para estudiar los fenómenos sobrenaturales ingleses. El análisis de tratados demonológicos, que fueron elegidos como fuentes principales para estudiar la

caza de brujas en Inglaterra, no posibilitó hasta hoy material suficiente para sostener metodológicamente lo que sí le permiten los panfletos a Millar: confirmar la presencia y el protagonismo del diablo en las prácticas de brujería en el escenario inglés.

Mientras tanto, en los capítulos tres y cuatro avanza con dos ideas centrales: las emociones y el género como variables para interpretar las acciones maliciosas de las brujas en la Inglaterra moderna. Se propone identificar en los panfletos estudiados las emociones que atraviesan a cada uno de los miembros que intervienen en el hecho brujo, en especial en las brujas. Sentimientos y emociones como el enojo, la venganza y la malicia aparecen de forma constante en las fuentes, permitiéndole —incluso desde una perspectiva de género— establecer las diferencias entre cierta ira “masculina” tolerable y aceptada como motivadora de cambios y reacciones positivas y, los sentimientos feminizados, característicos de las brujas, que conducen inexorablemente a la tentación herética y a los pactos con el demonio. Siguiendo a autoras como Deborah Willis, el texto nos introduce en debates historiográficos actuales sobre la brujería feminizada, sobre la imagen de la bruja como la “no” madre, aquella que se vincula con los demonios *familiares* desde un lugar doméstico, invirtiendo el amamantamiento de los hijos con la succión que los pequeños demonios realizan de los pezones o “marcas de la bruja” para alimentarse de su sangre. El cuidado y la dedicación de las brujas con esos pequeños demonios son analizados por una parte importante de la historiografía inglesa como una oposición entre el bien y el mal, entre las mujeres de Dios y las del diablo. Sin embargo, Millar nos propone matizar esta visión y pone en escena una imagen más sexualizada de la bruja, una que encuentra en las narrativas populares y que se incrementa durante todo el siglo XVII y los inicios del XVIII. Lo que la autora demuestra con el análisis de los panfletos es cómo, a medida que en los relatos se feminiza el delito por brujería, se producen dos transformaciones en paralelo; primero la imagen de la mujer ya no es representada como un opuesto de la mujer-madre de la que hablábamos más arriba. Además, su vínculo con el diablo también muta, porque las formas utilizadas por éste para vincularse con la bruja ya no tienen que ver con pequeños animales domésticos o alimañas salvajes (como perros, gatos o sapos) sino que la morfología del diablo comienza a ser predominantemente humana y masculina.

Esto nos da paso al análisis del último capítulo, antes de las conclusiones, en el cual la autora aborda en profundidad las prácticas sexuales entre las brujas y los demonios

antropomorfos. En un exhaustivo repaso a lo largo de todo el siglo XVII e inicios del XVIII, Millar establece un punto de quiebre en los vínculos sexuales entre demonios y brujas. Hasta la década de 1640, la interacción sexual se daba con pequeños demonios *familiares* a través de la succión de sangre por los pezones o marcas que poseían en su cuerpo las brujas. Si bien tenían un componente erótico, ya que esas “marcas” estaban por lo general ubicadas en las zonas genitales de las brujas, habilitaba cierto contraste con la figura materna, dado que existía una dependencia física del *familiar* hacia la bruja, por la supervivencia. Esto cambia por completo en las narrativas populares después de la fecha señalada y se profundiza hacia finales del siglo XVII. En este contexto, los vínculos entre demonios y brujas se describen como *carnal intercourse*, esto es, la existencia de coitos, felaciones y cunnilingus con *familiares*, que son representados ya no más como pequeños animales domésticos o alimañas, sino como figuras antropomorfas de aspecto masculino. En este punto es importante volver a las fuentes, tal como sostiene Millar. La presencia o no de una brujería sexualizada va a depender de los documentos analizados. Mientras que en los tratados demonológicos y en los documentos judiciales esta idea está invisibilizada, son los panfletos los que representan las narrativas y creencias populares en las cuales aparece la idea de la bruja como mujer sexualizada. Del total de panfletos estudiados, el 48% contienen relatos de vínculos sexuales entre brujas y demonios, mientras que el 20% describe esos vínculos como interacciones carnales. El resto refieren succiones en pezones o tetillas ubicados en los genitales o el ano de la bruja. En todos los casos, en mayor o menor medida, aparecen referencias sexuales en los vínculos entre las brujas y los demonios.

En este punto, resulta interesante la última gran discusión que plantea la autora con la historiografía tradicional para la brujería inglesa, esto es, el debate acerca de la existencia o no de un complot colectivo de brujas, quienes, reunidas en grandes celebraciones heréticas donde se producían los pactos con los demonios, los encuentros sexuales y el sacrificio de animales como ofrendas al diablo, llevaban adelante la celebración del *Sabbath*. Una práctica que comúnmente era aceptada en la demonología europeo-continental pero siempre, o al menos hasta ahora, se desestimaba para los caso de brujería en Inglaterra. Charlotte Rose Millar propone relativizar esta idea tan arraigada y analizar la acción colectiva de las brujas. En los panfletos estudiados logra detectar evidencia, en los testimonios de las personas involucradas en delitos por brujería, del

trabajo colaborativo entre los acusados. Son escasos los relatos de personas que actúan de forma solitaria para llevar adelante el *maleficium*; en cambio, resulta significativo el número de casos que, aunque no den testimonio de la participación en *Sabbath* al estilo estereotipado de Europa Continental, testifican sobre la participación agrupada en los casos de brujería.

A modo de conclusión, es justo decir que a lo largo de todo el libro quedan plasmadas con claridad las intenciones de la historiadora australiana. Los panfletos, como fuente documental que respalda las narrativas y creencias populares, son la herramienta fundamental y la sustancia que legitima todo el análisis. Debate con contundencia las ideas más tradicionales de la historiografía inglesa y logra articular con rigurosidad las interpretaciones emocionales de los casos de brujería presentes en las fuentes. Aunque el libro *Witchcraft, the Devil, and Emotions in Early Modern England* se presenta como el resultado de los estudios postdoctorales de la autora, en realidad es un punto de inicio para una corriente innovadora que nos propone abordar con perspectiva de género el delito por brujería en Inglaterra, periodizarlo y detectar los momentos críticos en todo el proceso de caza de brujas, donde el crimen se feminiza. Además de incorporar la historia de las emociones de manera fluida en su análisis, sin forzar o sobreanalizar las fuentes. La investigación de Millar nos demuestra que las emociones en los delitos por brujería siempre estuvieron presentes en las fuentes disponibles. Sólo había que volver a ellas.